

FILMS SELECTOS

FilmoTeca
de Catalunya



ANTONIA COLOMÉ y GABRIEL ALGARA en "Un caballero de Frac"



AÑO II N.º 37
27 de junio de 1931

EN ESTE NÚMERO:

El cine y la moda. — Mujeres bonitas.
Marlene Dietrich, la mujer pasión,
por Antonio Herrero Miguel, etcétera.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO



Jack Oakie, en la película "Náufragos del Amor", de la que es protagonista con Jeanette Mac Donald, James Hall, William Austin y Kay Francis

ES UN FILM PARAMOUNT

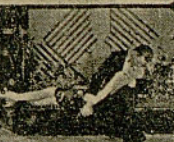
FILMS SELECTOS

SEMANARIO
CINEMATOGRAFICO
ILUSTRADO
DIRECTOR
Tomás G. Larraya



REDACCIÓN
Y
ADMINISTRACIÓN
Diputación 219 Tel. 13022
BARCELONA

DELEGACIÓN EN
MADRID: LIBRERÍA
EL HOGAR Y LA MODA
Valverde, 80 y 82



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Colonias
Tres meses 375
Seis meses 750
Un año 1.125

América y Portugal
Tres meses 475
Seis meses 950
Un año 1.425



CADA SÁBADO

NÚMERO SUELO
30
CÉNTIMOS



RECUERDO DE AMOR

LIGADO íntimamente a una película que nada tuvo de particular en su tiempo, guardamos en nuestra memoria afectiva un recuerdo que con su dulzura nos embelesa cada vez que lo evocamos. Y el caso es que lo evocamos con frecuencia, casi con morbosa frecuencia, complaciéndonos en gozar una y mil veces de la suavidad que transpira. Es un recuerdo de amor. Mejor dicho: es el recuerdo de nuestro primer amor...

Teníamos entonces catorce años. Asistíamos al cine cada domingo, con una asiduidad equiparable a la que impone la obligación. La vida empezaba a tener para nosotros un valor consciente, y el cine nos ofrecía una pauta maravillosa para comprender la conciencia de la vida.

Una tarde — la de nuestro recuerdo — fuimos a ver una película de Francesca Bertini, la estrella que en aquellos tiempos — ¡oh veleidoso azar! — traía a mal traer a los amantes del cine.

Mientras veíamos la película, sugestionados por una vaga emoción, sentíamos que algo sobrenatural iba naciendo en nosotros, como si se nos abriese el corazón para dejar escapar un efluvio esencialmente íntimo a cambio de otro efluvio exterior que se nos presentaba excitándonos a desearlo. Y a medida que iban pasando las sombras del celuloide, esa vaga emoción que nos sugestionaba iba definiéndose, concretándose, mostrándose tal cual era — y es todavía — para todos los mortales. ¿Sentíamos, acaso, ya la herida del amor?

Sí, lo era. Y nuestro inexperto corazón de adolescentes dejéase fácilmente cautivar por esa primera emoción, experimentada al arrullo lánguido del canto de la veneciana de «El carro del sol». El ritmo melancólico de la música y el fuego de aquella mujer apasionada y seductora nos abrieron de par en par el corazón para el amor. Y, en un delirio quieto y profundo, en aquella hora sagrada, en aquella recogida obscuridad de cine, ofrecimos aquel día la virginidad de nuestro corazón a cambio de esa fecunda maternidad de amor que, según luego hemos visto, sólo engendra sinsabores y amarguras.

Al salir del cine, ya de noche, experimentamos por vez primera, con extraño desasosiego, el espejismo natural de todos los enamorados: las cosas nos parecían como si se hubiesen transformado, todo se nos antojaba más risueño y complaciente. ¡Estábamos enamorados! ¡Como los hombres, amábamos ya con el delirio de los amantes más dichosos!...

Pero..., ¿qué amábamos? ¿A quién amábamos? Concretamente, ningún nombre podíamos contestarnos que encarnase nuestra pasión; pero, vagamente, podíamos asegurar que estábamos heridos por los dardos ardientes del hijo de Venus. Amábamos, en efecto, a la exaltada Bertini, a la desventurada heroína que en aquella película amaba tanto y, por celos, era tan mal correspondida. En el fantasma de la famosa actriz italiana, amábamos a todas las mujeres

que amaban y, de entre todas ellas, amábamos a una sola mujer, a la mujer que luego habíamos de amar única en el mundo, con toda la efusión de amor que fué atesorando en nuestro corazón de adolescentes aquella película de la Bertini, mientras el piano modulaba, nostálgico, el lamento del canto de la veneciana...

«¿Y qué película era ésa?» — preguntará sin duda alguien, movido por la curiosidad de comprobar si la causa emotiva estaba en perfecta relación con el efecto producido. Si alguien nos lo pregunta, eso mismo le preguntaremos nosotros: «¿Qué película era aquélla?» Porque nosotros nunca hemos querido indagarlo, temerosos de disipar, sin querer, el encanto de nuestro primer amor.

Recordamos vagamente, con esa confusión peculiar de los sueños agradables, que era una película extraordinariamente sencilla. No se parecía a ninguna de las que entonces — catorce, quince años atrás — se proyectaban. Desarrollaba un conflicto de amor entre un modesto empleado de comercio y una simpática canicera. Vivían en diferente población y sólo podían verse de cuando en cuando, tal vez solamente los domingos. El idilio tenía todo el ambiente de las cosas familiares y sencillas. Los celos, la riña, el dolor que completaban el drama nacían con tal naturalidad, que asimismo, con el amor, nos hicieron conocer el sufrimiento. En conjunto, su amor nos parecía el más real entre los que hasta entonces habíamos visto en la pantalla. Hoy podríamos llamarle amor «humano», en toda la extensión de la palabra...

Pero..., ¿qué película era? ¿Se titulaba, acaso, «Assunta Spina»? No lo recordamos, ni nos interesa. ¿Para qué?

Si hoy viésemos que la proyectaban de nuevo como visión retrospectiva del cine, es más que seguro que no iríamos a verla. Según estamos ya acostumbrados a ver y juzgar con la frialdad del crítico, es probable que, al ver de nuevo «Assunta Spina», descubriéramos una porción de cosas que nos provocarían la sonrisa de la suficiencia. Y eso sería tanto como deshacer sin necesidad el encanto poético y sencillo que guardamos de aquella película en que Francesca Bertini nos hizo conocer el amor...

Han pasado los años, y la vaguedad del recuerdo ha ido acrecentando proporcionalmente la ilusión sentimental de nuestro primer amor. Luego, hemos conocido el amor con toda la concreción de la realidad, hemos sentido amores que nos han hecho gozar y sufrir, que nos han exaltado de emoción y nos han impulsado a llorar ante lo imposible..., hemos hallado incluso en el camino la mujer que soñábamos; mas, como aquel primer amor que nos inspiró la Bertini, como aquel amor nacido en el recogimiento de un cine vulgar, mientras el piano tocaba, nostálgico, el canto de la veneciana de «El carro del sol»..., como aquel primer amor de los catorce años... ¡ninguno!...

LORENZO CONDE

De unos a otros

PUBLICAREMOS en esta sección las demandas y contestaciones que nos envíen los lectores, aunque daremos preferencia a las referentes a asuntos del cine.

Los originales han de venir dirigidos al director de la sección, escritos con letra clara, a ser posible a máquina, y en cuartillas por una sola carilla, firmados con nombre, apellidos y dirección de los que las envíen, e indicando si lo desean (aunque no es imprescindible) el seudónimo que quieran que figure al publicarse.

No sostendremos correspondencia ni contestaremos particularmente a ninguna clase de consultas.

DEMANDAS

239. — Mary Sol pregunta: Una niña de trece años que desea ser artista de cine, ¿qué es lo que precisa para poder empezar dicha carrera? Quisiera saber a quién hay que dirigirse para orientarse sobre este particular y si es en Madrid donde pueden ponerla al corriente de todo esto. También agradecería le dijese de algún gimnasio así como de alguna profesora de baile.

240. — T. Rubio desearía saber la dirección del gran artista de cine Juan Torrens.

241. — Joan la Pelirroja desea saber qué películas ha hecho Joan Crawford; si a Lili Damita en *La Mariposa de Oro* la acompañó como protagonista Nils Asther y si saben cuántas artistas de cine son pelirrojas.

242. — Charles Keatou al aparecer por primera vez en estas páginas, saluda a los lectores de FILMS SELECTOS y pone a su disposición sus cortos conocimientos. Asimismo quedaría sumamente agradecido al que le proporcionase por medio de esta sección la letra en inglés de las canciones de las películas *Un plato a la Americana* y *Broadway Melody*.

243. — Un enamorado del cine agradecería mucho le dijeran si para un joven que no haya pisado nunca un escenario ni tenga voz es muy difícil entrar en los estudios.

244. — Enrique Ortega dice: Quedaría muy agradecido a cualquier lector o lectora de esta revista; que fuese tan amable en enviarme una fotografía de las artistas de cine Norma Shearer y Billie Dove, que son mis favoritas y por las que siento gran admiración. También vería con gusto me dijese la dirección de esta última.

245. — M. Merlán desea saber las direcciones de las artistas siguientes:

Rosita Moreno, Imperio Argentina, Frances Dee, Anny Ondra, y del actor Ramón Pereda.

246. — Un curioso agradecería que cualquier lector o lectora le enterara de lo que no sabe sobre los temas que a continuación expresa:

Desearía saber: El historial de la artista Marceline Day, artista de la Metro, películas por ella interpretadas, elencos en que trabajó, y lo que hace actualmente, puesto que pronto hará un año que vi su último film, y la opinión del que me satisfaga estos datos sobre la susodicha artista o sea en resumen cuanto puedan manifestarme respecto a ella.

Igualmente agradecería cuantas referencias se me pudieran dar sobre la personalidad del director español Benito Perojo, su labor, historial, y demás, y qué nos preparan Dupont, Fritz Lang, Florian Rey y Clarence Brown.

Si alguien de los lectores de esta revista tiene alguna simpatía por la mayor parte de estos nombres, con mucho gusto entablaré correspondencia por mediación de este periódico. Muchas gracias.

247. — I'm Alone desearía conocer la dirección de la actriz cinematográfica Bárbara Stanwyck, protagonista de la película *Mujeres Ligeras* con Ralph Graves, creo que es de la marca Columbia Pictures. Me gustaría una biografía suya a ser posible.

¿Podría indicarme la manera de recibir un retrato firmado por Bárbara?

El Conde Nador pregunta:

248. — ¿Habría algún lector o lectora tan amable que pudieran facilitarme una lista de los principales directores de films nuevos y sus principales producciones?

249. — ¿Puede alguien facilitarme una idea del juicio que ha merecido a la crítica americana el estreno de la última producción de Charles Chaplin «Charlot» titulada *Las luces de la ciudad*?

250. — Un admirador de Clarita Bow desearía saber si es cierto que a Clara Bow la expulsan de Cinelandia. Cuál es el jaleo que se trae con su criada, y si es cierto que le han mandado un anónimo diciéndole que va a morir.

251. — Lolita Cabanes desea saber la letra de un tango argentino titulado *Misa de once*.

CONTESTACIONES

Contestaciones de El Conde Nador, Valencia:

201. — Para Monsieur Carlos Tampoco: El reparto del film *Los húspedes de la reina* es el siguiente: Director, Alexander Korda. Intérpretes: Billie Dove, Lloyd Hughes, Armand Kaliz y Emile Chautard.

202. — Para Orquídea Salvaje: Le adjunto el reparto de *El capitán Sorrell*; por él espero averiguará usted quién interpreta el papel de hijo en la citada película. Director: Herbert Brenon. Intérpretes: H. B. Warner, Ana Q. Nilson, Alice Joyce, Nils Asther, Carmel Myers, Louis Wolheim, Norman Trevor y Mary Nolan.

203. — Para Un admirador de Billie Dove: El reparto de la película *De telefonista a millonaria* es el siguiente: Intérpretes: Colleen Moore, Jack Mulhall, Sam Hady, Gween Lee, Alma Bennet y Hedda Hopper.

204. — De El que sea para Una futura farmacéutica: Yo poseo un fotograbado (claro que no es ningún descubrimiento, puesto que lo corté de un periódico ilustrado) que a mi entender revela bastante de la vida íntima de Anita Page. Si usted me indica sus señas se lo podría remitir.

205. — El Vizconde de la Rosa contesta a las demandas números 96 y 98: Su primera pregunta es un poquito difícil de responder, pues son varias las artistas, entre ellas Mary Brian, Nancy Carroll y Esther Ralston, que en los papeles de ingenua quedan admirablemente. No obstante, según mi parecer, la artista que con mayor naturalidad y justeza realiza tales roles es Mary Brian, la bella muñequita de Paramount. Tal vez mi opinión no le parezca muy acertada.

El joven Antonio Cumellas, triunfador en el concurso Fox, fué poco afortunado en su excursión a Hollywood. Hace bastante tiempo se dijo que había recibido proposiciones ventajosas de una casa alemana para realizar, en Berlín, cintas importantes. Pero, desgraciadamente, estas noticias carecieron en absoluto de veracidad. Ahora, con motivo del cine hablado en español, anda metido por los estudios de la Fox, donde ha intervenido en algunas películas como *En nombre de la amistad*, desempeñando papeles de escasa importancia.

María Korda nació en Budapest en 1903. Es rubia y de ojos azules. Está casada con el director Alexander Korda. Sus films más importantes son: *La vida privada de Elena de Troya*, *La moderna Dubarry*, *La comedia de la vida y El amor y el diablo*.

De Mae Murray son pocos los datos biográficos que puedo ofrecerle: Divorciada de Tom O'Brien, Robert Leonard y William Schwenger. Casada con el príncipe David Midivani. Ha interpretado *La novia fingida* y *Una mujer moderna*.

Francesca Bertini nació en Florencia en 1888, aunque algunos panegiristas suyos hacen este acontecimiento en Nápoles, en el año 1891. Al debutar en el cine, en 1906, por complacer a sus familiares, cambió su nombre, llamándose en realidad Elena Vitiello. Su debut fué haciendo el papel de Leonora en *El trovador*. En 1920 casó con Paul Cartier, literato francés. Hasta hace pocos años era llamada la reina del cine, pero ahora es una de tantas artistas mediocres. Una de sus recientes películas es *¡Me pertenece!* Hasta la otra.

206. — Contestación de Una madreleña para Una futura farmacéutica: Las hermanas de Ramón Novarro son Hermanas de la Caridad y están en el Asilo de San Jaime y San Saturnino, calle de Meléndez Valdés, 46, Madrid. Cuando se estrenó *Ben-Hur*, el obispo autorizó para proyectar dicha película en el Asilo, para que sus hermanas pudieran verle trabajar. Yo vivía entonces enfrente del Asilo, por eso me enteré.

De Monsieur Beaucaire son las siguientes contestaciones:

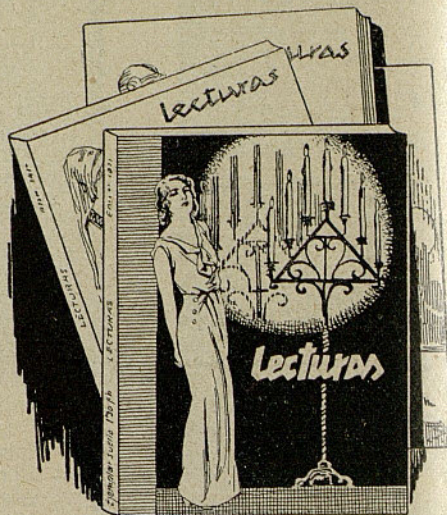
207. — Para Rafles: Corinne Griffith nació en Texarkana, Texas, el 24 de noviembre de 1897. Divorciada de Webster Campbell y casada en 1926 con Walter Morosco. Se llama Corinne Scott y es pariente lejana del director David W. Griffith. Debutó en *What is Your Reputation Worth?*, actuando después en *Mademoiselle Modiste*, *Pacto de amor*, *El jardín del Edén*, *Tres horas de una vida*, *La duquesa del charleston*, *La señora del armijo*, *Honra de mujer*, *Redención*, *Prisioneros*, *Trafalgar*, etc.... A raíz de su fracaso en el cine hablado, la First National, empresa con la cual estaba bajo contrato, le dió una fuerte suma de dólares para rescindir al contrato.

Bessie Lowe nació el 19 de septiembre de 1898 en Midland, Texas. Su verdadero nombre es Juana Horton y está casada con William Hanks. Fué estrella bebé en 1922. Sus principales películas son *El mundo perdido*, *El cadele*, *El huerfanito*, *A caza del hombre*, *La chica del coro*, *De telón adentro*, *El joven príncipe*, *Hollywood Revue*, *Broadway Melody* y *Conspiracy* (sin título en español).

En cuanto a la forma de pedir las fotografías, es la corriente. Que siendo un admirador de ella que quisiera tener un retrato dedicado, le suplica se digne enviarle uno para tener un recuerdo de tan linda e inteligente artista... En el número 21 de esta revista se publicó un modelo de carta en inglés. Las envían dedicadas y el idioma en que hay que pedir las es indiferente, pues la mayoría de los artistas tienen una secretaria que conoce varios idiomas y es la encargada de contestar la correspondencia. Ahora que, hay que pagarlas. La cantidad depende del tamaño de la fotografía.

OBSEQUIO

A LOS LECTORES DE Films Selectos



Para que todos los lectores de FILMS SELECTOS puedan conocer la revista

LECTURAS

en su nueva y magnífica presentación, les ofrecemos un número de obsequio al precio excepcional de

CINCUENTA CÉNTIMOS

Recuerde usted que:

LECTURAS es el primer magazine literario español, ilustrado.

LECTURAS tiene entre sus colaboradores las firmas más prestigiosas.

LECTURAS ofrece siempre lo más selecto de la literatura universal.

LECTURAS es por excelencia el magazine para la mujer.

Si aprovecha usted nuestro ofrecimiento podrá obtener excepcionalmente un ejemplar atrasado por sólo

CINCUENTA CÉNTIMOS

utilizando para ello el siguiente cupón

LECTURAS

DIPUTACIÓN, 211. — BARCELONA
VALVERDE, 30 y 32. — MADRID

Aprovechando el ofrecimiento que hacen a los lectores de *Films Selectos*, suplico me remitan un ejemplar atrasado de *LECTURAS* por el precio excepcional de cincuenta céntimos, cantidad que acompaño en sellos de correo.

Nombre
Domicilio
Población
Provincia



Rin-tin-tín en una emocionante escena de la película «En la frontera», en la que es uno de los principales actores

ASTROS CANINOS

HACE UNOS CUANTOS años, negábanse los directores a dirigir las escenas en que tomaran parte animales, alegando que no eran domadores y que para esa clase de trabajo era necesario personal especializado. Tenían razón, y hoy cada animal se presenta en el estudio acompañado por su educador, siendo aquéllos tan numerosos, que cada estudio podría compararse con las selvas africanas.

Al ver, por ejemplo, las habilidades del famoso Rin-Tin-Tín reflejadas en la pantalla, cuántos habrá que se digan a sí mismos:

—¡Hombre!... Eso no parece difícil... Voy a amaestrar a mi perro, y me ganará tan ricamente la vida.—

La empresa no es, sin embargo, tan fácil como semeja a primera vista y para demostrarlo apelamos al testimonio del bizarro teniente Lee Duncan, a quien corresponde la gloria de ser el educador del célebre astro canino.

En los tristes días de la Gran Guerra, al recorrer el teniente americano una abandonada aldea francesa, encontró una hermosa perra policía muerta, rodeada por cinco hambrientos cachorrillos. Su bondadoso corazón le impulsó a hacerse cargo de dos de los críos; uno de ellos murió al poco tiempo, el otro, al que su amo puso el eufónico nombre de Rin-Tin-Tín, agarróse fuertemente a la vida, como si adivinara que estaba destinado a ser personaje de campanillas.

Cinco años hubieron de transcurrir antes de que el inteligente can alcanzara la envidiable altura intelectual que hoy tiene, y durante ese espacio de tiempo Mr. Duncan gastó, no sólo miles de dólares en su manutención y en la de su discípulo, sino un incalculable caudal de paciencia en las horas, semanas y meses que duró el prolongado entrenamiento físico y mental del animalito, hasta darle un grado

de percepción, poco menos que humano. Mas todo esto, con ser muy penoso, no lo fué tanto como encontrar la oportunidad de que el amaestrado perro pudiera lucir sus múltiples conocimientos. Terminada su educación, su amo pensó con muy buen juicio que sería Rin-Tin-Tin una magnífica adquisición para la pantalla, pero según parece, los prohombres del nuevo arte no le abrieron los brazos exclamando: «Ven acá, chuchó, vas a ser el primer astro canino».

En el cine son desconocidas estas efusiones a primera vista. Cuesta demasiado dinero una película para arriesgar el que un valor desconocido la estropee. No obstante, por entonces, un perro amaestrado tenía más probabilidades que hoy de abrirse camino y hacer carrera, pues aunque la demanda no era superior a la actual, la competencia se reducía a unos pocos canes de tan limitado repertorio, que apenas si podían sostener el interés del público en un par de escenas de poca importancia.

Por fin el éxito vino a coronar la perseverancia del ex teniente Duncan. Rin-Tin-Tin salió airoso de la prueba, y Warner Brothers, asombrados de su talento y dándose clara cuenta del partido que se podía sacar de él, no vacilaron en ofrecer un ventajoso contrato a su amo. El tiempo ha demostrado el acierto de los conocidos directores.

Pero aun no estaba ganada por completo la partida. Ya tenemos contratado a Rin-Tin-Tin, pero faltaba convencer al público de que puede ser interesante una película en la que actúa de protagonista un perro.

Mucha gente, por puro prejuicio, negábase a ver esa clase de «films». Mas no faltó quien las viera y pregonara la honda emoción que producían, así como las graciosas escenas que en ellos tenían lugar; la popularidad del privilegiado perro creció como la espuma, y los beneficios que su actuación proporcionó a la casa productora no fueron inferiores a los de cualquier estrella humana.

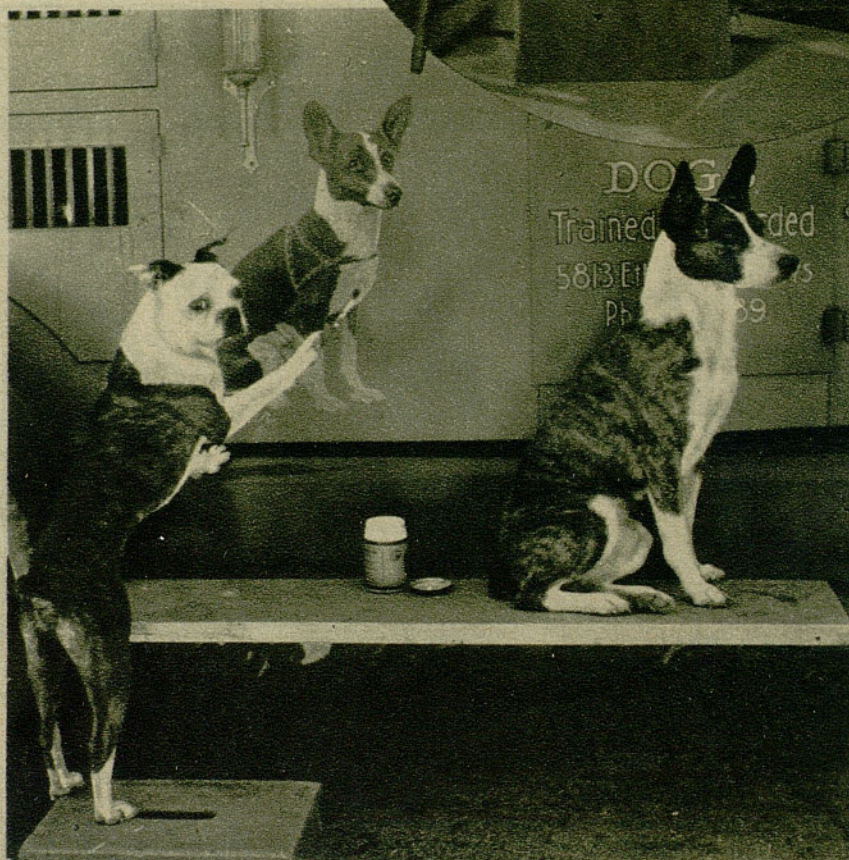
En algunas cintas, Rin-Tin-Tin ha tenido que trabajar con varios colegas, a modo de comparsas. En «Bajo la línea», actuó acompañado por cuatro magníficos «bull dogs» ingleses, suministrados por Harry Morhs, uno de los mejores entrenadores de animales, que según declaración propia amaestra «desde una mosca a un elefante». Y en «El héroe de las nieves», el astro canino sostuvo impresionante lucha con dos alanos de Alaska. A propósito de esto, diremos que, acostumbrados a los crudos fríos de su país, su conservación resultaba muy difícil en el cálido clima de California. Bill Scott, que se ha especializado en la cría de estos animales, ha tenido que establecer su granja en las montañas de Arrowhead, que, aunque sólo distan sesenta kilómetros de Hollywood, están varios meses cubiertas de nieve y ha hecho cruzar sus campos de canales, en los que siempre corre el agua.

No nos separaremos del valiente Rin-Tin-Tin, sin mencionar una de sus últimas hazañas; nos referimos al peligroso combate con varios cócodrilos, que es la escena más emocionante de la reciente y ya mencionada película: «Bajo la línea».

Si Rin-Tin-Tin es el más famoso astro canino de la pantalla, no es el único; y sería injusto olvidar otros tan simpáticos, como, por ejemplo, Cameo. ¿Quién no conoce al perro blanco y negro que tanto se luce con la juvenil Pandilla? Los animales, como las personas, tienen su carácter individual y Cameo es un humorista. De haber nacido hom-



«Pepper», de la M. G. M., contestando las cartas de sus múltiples admiradores



He aquí una muestra del arte canino: «Oscar» se ocupa en hacer un retrato de «Buster» entre escenas de una de sus comedias más recientes para M. G. M.

bre, habría sido indudablemente payaso. También es muy gracioso el menudito Brownie, que tanto hizo reír al público en las cómicas escenas de «La tragedia de un pекinés».

Aun existen otras cuantas celebridades caninas; su número se eleva a una docena aproximadamente y de entre ellas citaremos al aristocrático Props, soberbio dogo de la raza de Hulm, de brillante piel gris azulada, que es el único de su especie que existe en Hollywood. Su amo, Sam Warner, lo compró muy caro por puro capricho, mas de entonces acá, los contratos del hermoso animal han pagado más de veinte veces lo que por él dió Sam. Lo decorativo de su aspecto le hace insustituible para los papeles de perro de casa grande.

Estos astros caninos dan a los racionales un ejemplo digno de ser imitado; entre ellos no existen las intrigas, ni se sabe que ninguno haya hecho una bajeza para arrebatarse un papel al compañero.

M. R. RUBÍ



Una escena de la película "Tenorios entre bastidores"



Stan Laurel y Oliver Hardy conducidos a la cárcel en la película Metro Goldwyn Mayer, «De bote en bote»

No hace mucho que ambos «clowns» del cinema sacaron la patente de tales. El llorón de Stan y el gordinflón Hardy, puede decirse que son dos artistas en uno. Mejor dicho, el anverso y reverso de un mismo arte.

Stan es el hombrecillo débil que siempre se queja o frunce las cejas para decir cualquier cosa; parpadea cual si padeciera de sueño y tuerce la boca para luego llenarla de lágrimas. Sin embargo, su compañero presume de caballero educado y mundano. El riñe suavemente a Stan cuando se equivoca en alguna cosa o bien se desespera cuando le ve, por ejemplo, que una de sus piernas se enreda en el vestido de una dama.

Ambos se entienden perfectamente, y no serían nada el uno sin el otro. Prueba de ello es que cuando Oliver trató de hacer películas sin el auxilio de su compañero, fracasó lamentablemente. Sin duda — a todas luces demostrado — que la gracia de Stan es el complemento de la de Hardy.

Stan «el llorón», representa la fuerza del sentimentalismo que da cima a los trucos regocijantes e ideados por «el puntilloso» Oliver.

Casi todas las comedias realizadas por ambos artistas están basadas en hechos vulgares de la vida cotidiana. Los

temas que emplean para obtener carcajadas, los van inventando a medida que se rueda la película, y, una vez proyectada ésta, tienen el humor de ir contando las carcajadas que obtiene.

Si son menos de las que

ellos juzgan es que algo no está bien en ella y vuelven a empezar de nuevo.

Stan Laurel y Oliver Hardy

HACE escasamente seis años que estos modernos fabricantes de carcajadas danzaban de un lado a otro del estudio de Hal Roach sin saber qué hacer. Es decir: haciendo todo lo que les mandaban, principalmente Stan, que fué el primero que encontró trabajo en dicho estudio. Antes había figurado en la compañía de cómicos de Fred Karno, donde

actuara como sustituto de Charlot. Pero fracasó la compañía en los Estados Unidos y regresó a Inglaterra, llevándose dos miembros menos: Stan Laurel y Charles Chaplin. Este se decidió a probar fortuna en el entonces inexplorado campo de la cinematografía, y el otro continuó representando revistas y pantomimas musicales hasta lograr acercarse a Hal Roach.

No así la suerte de Oliver Hardy — prototipo del tragaldabas —, que, para dar cima a sus ilusiones, hubo de tropezar con la oposición enérgica de sus padres que querían hacer de él un hombre de carrera. Cursó estudios en Atlanta, lugar de su nacimiento, y a duras penas trató de hacerse abogado. Pero el descomunal Oliver no se avenía de ninguna manera con los libros de jurisprudencia y menos con las salas del Tribunal, puesto que decidió abandonar definitivamente su carrera y lanzarse a vagabundear.

Oliver tenía entonces sed de aventuras y soñaba con ser pirata o inventor; pero, como dice el refrán, el hombre propone y Dios dispone. Así es que nada extraño era que se torcieran sus inclinaciones y se viera de la noche a la mañana haciendo

Dos preciosísimas escenas de la película «Radiomanía», de la que son protagonistas Stan Laurel y Oliver Hardy.



películas de «villano», en el mismo estudio que se hallaba Stan. En él conoció al compañero de éxitos y de fatigas, hace ya diez y nueve años.

Se hicieron ambos prontamente amigos y juntos solían aparecer en algunas comedias. De aquí que sus directores se fijaran en ellos con atención, dado que ya comenzaban a despertar la hilaridad del público. Ello fué la causa de que más tarde se les asignara el papel de «estrellas» y adquiriera la feliz pareja tan notoria popularidad. En la actualidad ambos artistas son los preferidos del público por su «clownesca» comicidad y por sus inimitables trucos. De entre las películas filmadas por estos bufos del cinema destacan las tituladas «Dos marinos», «Radiomanía» y «Noche de duendes», esta última hablada en español y acogida por nosotros con simpatía.

M. P. DE SOMACARRERA

Escena de «En la
frontera». Come-
dia dramática in-
terpretada por Ar-
mida, John B. Litel
y el perro Rin-tin-
tin.





GENERALMENTE, en todos los estudios cinematográficos del mundo, se ha simbolizado la pasión femenina por mujeres morenas. Todos los tipos y todas las razas. Del moreno pálido al bronceado, la gama múltiple y varía de tonalidades epidérmicas. De los ojos color de mora, pequeños y vivos, a los grandes ventanales — profundos, negrísimo, rasgados — del alma, donde el deseo o la cólera de fémmina melosa o iracunda brota en chiribitas de las pupilas. De la nariz carnosa, etiópica o mongólica, a la pureza de líneas nasal helénica o romana. Del ritmo cadencioso, lento, arrullador, desmadrante del trópico, a los gestos alados, sutiles y breves, de las razas y climas norteros.

Tal vez por eso la llegada de Greta Garbo al lienzo de plata causó un verdadero desconcierto en la mentalidad de los millones de seres para quienes el cinematógrafo es su mejor y más preciado entretenimiento. Greta Garbo la nórdica, la misteriosa, la huidiza, la rubia de rostro de hielo y besos de fuego, era algo anormal, casi vesánico, que atraía, que seducía... Los botafumeiros a sueldo de las empresas comenzaron inmediatamente a «inflar» la novedad, pusieron en seguida a su labor metódica de amplificación de la realidad.

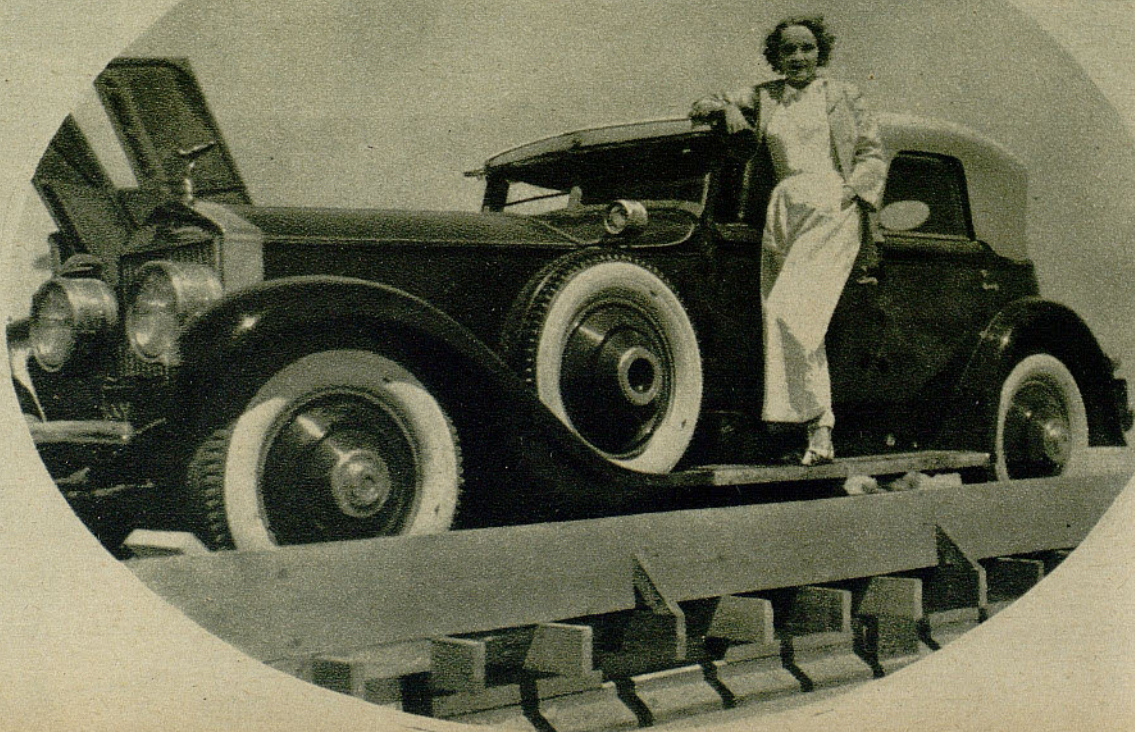
La figura de la rápidamente famosa artista sueca fué ampliada — como fotografía — en sus menores detalles físicos y psíquicos. El amor — como tema de controversia, tan grato a los cinéfilos — desbordó de la pantalla, invadiendo la vida íntima de Greta y de sus ideas personales acerca del flirt o de su actuación en amores más o menos comentados; se hicieron primeros planos en periódicos y revistas para satisfacer la curiosidad un tanto dislocada y perversa de sus innumerables admiradores. La pasión, simbolizada por una rubia, triunfaba en toda la línea...

Pero pasó el tiempo, implacable devorador de todo y especialmente de fa-

PRIMEROS
PLANOS

**FILMS
SELECTO**
MARLENE
DIETRICH
LA
MUJER
PASIÓN

por
A. Herrero
Miguel



mas y prestigios cinematográficos. Muy poco tiempo, porque en el cine todo va muy de prisa. Mas lo bastante para que las editoras americanas de films en vista de que el público no respondía como antes a la llamada estridente y multicolor de sus propagandistas, decidiesen la busca de un nuevo tipo de belleza femenina, a base de mujeres del Sur.

Las recaudaciones mermaban de un modo alarmante. El público, especialmente el público americano, ahito de contemplar en la pantalla bellezas anglosajonas estandarizadas, rubias como el trigo y blancas como la leche, pedía el contraste, pedía los rostros morenos de piel caliente, aterciopelada y ojos como las alas del cuervo. De ahí la elevación a la categoría de estrellas de artistas como Dolores del Río, Raquel Torres, Lupe Vélez, María Alba, Lupita Tovar y tantas otras.

Sin embargo, la rueda del tiempo siguió triturando implacable, inexorablemente... Cine sonoro. Nuevas técnicas. Desorientación. Suma de dificultades. Dualidad exigida al artista: la figura y la voz.

Y he aquí que, no hace todavía un año, una mujercita de raza sajona, de ojos celestes, claros y serenos, y toda ella — desde la mata aurea y romántica de sus cabellos ondulados, hasta los pies ágiles y breves — rubia como la mies, se eleva hasta los cielos del arte cinematográfico. El nuevo «meteorito» es Marlene Dietrich, la fémina excepcional, la mujer que compendia todas las mujeres, que se nos reveló una noche, de pronto, en Barcelona, en «Der Blaue Engel» (El ángel azul), esa maravilla tan germánica como sugerente, creada por Joseph von Sternberg, su compatriota, y editada por la Ufa. ¡Inolvidable encarnación aquella de la depravada, canallesca y vulgar Lola-Lola! El propio Jannings, su «partenaire», a pesar de todo su prestigio y de poner a contribución todo su arte, se empequeñecía a su lado...

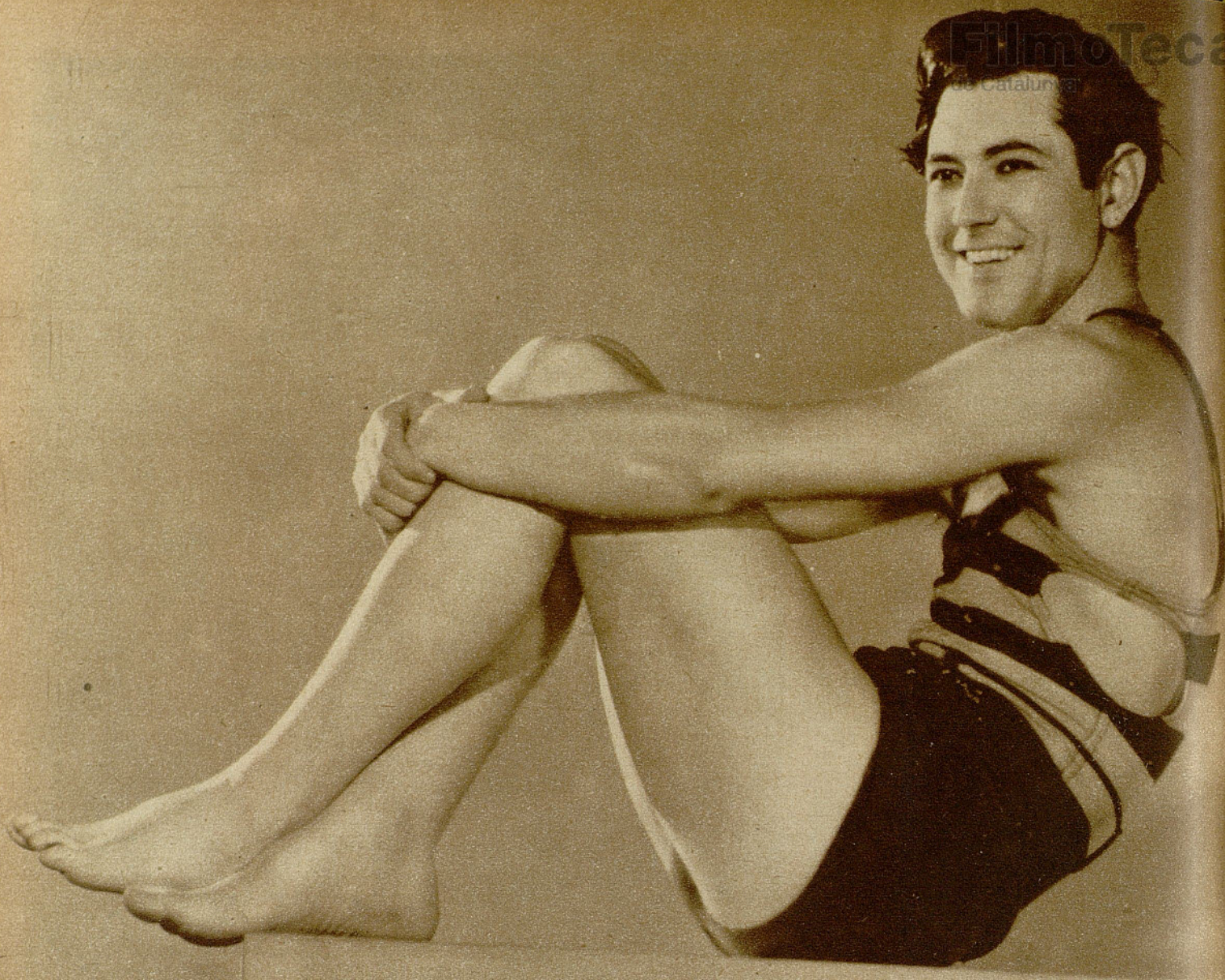


PI167-36



Una sensación de grandeza y de misterio, de sugerencias y de emociones, mayor aún que la recibida entonces, la hemos vuelto a experimentar hace poco en la sala de pruebas de la «Paramount» viendo a Marlene Dietrich en otra de sus últimas producciones, «Marruecos», interpretando el difícilísimo y complicado papel de la aventurera Amy Jolly. Desde las primeras escenas, esta nueva obra maestra, debida también al talento del director Sternberg, captó nuestra atención. Y fué aumentando el interés a medida que la emoción del film adquiría en crescen-

(Continúa en la página 22)



¿MI PRIMER AMOR?

Confidencias de JOHN MACK BROWN

Los hechos que voy a referir datan de mi época de estudiante. Entonces era yo — a nadie extrañará si se tiene en cuenta que no había cumplido aún los veinte años — bastante sentimental y romántico.

Mi novelista predilecto era por aquel tiempo Walter Scott y tenía del amor un concepto que estaba en consonancia con mis aficiones literarias.

Mi ideal de mujer no era rubia ni morena, alta ni bajita, gruesa ni delgada: era, sencillamente, una mujer misteriosa. No me importaban sus cualidades físicas con tal que se presentara envuelta en un nimbo de misterio que diera a nuestro amor un tono de cosa extraordinaria y novelesca.

Por eso atrajeron vivamente mi atención las siguientes palabras leídas en la sección de pequeños anuncios de un periódico:

«Deseo encontrar joven sentimental para intercambio epistolar. Su físico no importa. Contestar a Maruja.»

Una mujer así, un amor así, era lo que yo buscaba. No conocía a Maruja y, probablemente, no la conocería jamás. ¿Se puede pedir más misterio en unas relaciones sentimentales?

Le escribí inmediatamente. Era una carta de regular extensión donde dejaba entrever mi sentimentalismo, pero dentro de los límites de la prudencia, pues mi entusiasmo no llegó al extremo de cegarme, y permitió que mi razón se preguntara si la enigmática Maruja no podía ser el seudónimo de algún bromista que tuviera poco que hacer y sobrados deseos de divertirse.

Estas dudas no se desvanecieron en mi corazón hasta que, a la semana siguiente, recibí la respuesta de Maruja. Era una carta perfumada, escrita con trazos finos y elegantes y también con gran precaución en las confesiones. Comprendí que, como yo, Maruja dudaba de las intenciones de su corresponsal.

Contesté en seguida. Esta segunda carta era una explosión de entusiasmo y de sinceridad. Mi sentimentalismo se desbordó a raudales. Ahora comprendo que estuve bastante «curioso», pero ¿quién no incurre en este «pecado» siendo un adolescente y encontrándose frente a su primera aventura sentimental?

La respuesta no se hizo esperar y en ella pude ver que Maruja había seguido mi táctica. Esta segunda contestación era una explosión de sinceridad, un desbordamiento de un alma sentimental como la mía.

Me quedé perplejo. Las primeras dudas volvieron a asaltarme. Aquella carta revelaba una cultura, una visión de las cosas, un sentido de la vida mucho más sutil de lo que es corriente en una muchacha.

¿Se ocultaría, como había sospechado en un principio, algún bromista desocupado bajo el nombre de Maruja?

Estas dudas llegaron a obsesionarme de tal modo, que resolví escribirle habiéndole con toda franqueza, exponiéndole mi incertidumbre y pidiéndole una entrevista.

No me la concedió, pero su respuesta fue tan femenina, que mis dudas se desvanecieron completamente. Maruja había empleado todo su ingenio en demostrarme que era mujer y muy mujer. Estaba escrita la carta en un tono de burlona y alegre cordialidad que fue para mí como si ella estuviera delante y me envolviera en la música de sus risas.

Accedí a que continuáramos el intercambio epistolar como ella

(Continúa en la página 22)

EL CINE Y LA MODA

DOS ELEGANTES VESTIDOS DE LAMÉ



ROSITA MORENO

Fotos Paramount

FRANCES DEE

LO QUE
HACEN LAS
ARISTAS
DECINE
PARA
LLAMAR LA
ATENCIÓN



Para llamar la atención, es decir, para lo que hoy día se llama reclamo, se prestan, si no todas, un gran número de artistas, a hacer toda clase de rarezas, extravagancias y tonterías, que a decir verdad, más que exaltarlas, les hace desmerecer ante los ojos de sus admiradores y de los verdaderos amantes del cine, pues no se ve la necesidad de que recurran a tales extremos, quienes demostradas tienen en la pantalla sus grandes dotes o cualidades.



¿Os parece natural que Mary Brian se haya retratado con ese fantástico traje de pocero, ni que Conchita Montenegro se haya sometido a posar ante la cámara con ese semitraje que pretende ser de torero, ni que la bella Corinne Griffith, a quien tanto admiramos, se nos presente comiendo unas enormes hogazas? A mí, francamente, me parece que todo esto más las daña que las beneficia y que en nombre del sentido común y del arte, debían protestar de que se las haga presentar así a sus muchos admiradores.—Juan Mira



MUJERES BONITAS. -Sally Eilers, estrella de la Fox

EL FUEGO PURIFICADOR

Uno de los innumerables films rusos



Petrovich Wladimiroff es un pobre mujik que ha salido al bosque en busca de leña para su miserable hogar



En un rincón del bosque se encuentra el príncipe Rodiou Estepanovich Tekalemit que se divierte deshonestamente



El príncipe es un hombre grosero, despota y mujeriego, que vive en perpetua orgía y en continua bacanal mientras el pueblo pasa hambre



El pobre Petrovich halla una piel de longaniza y se dispone a devorarla para calmar el hambre que roe sus entrañas



Tamaño desacato es castigado severamente por los soldados del príncipe y el pobre mujik recibe más de cien sablazos



Herido de muerte Petrovich Wladimiroff, se arrastra por la nieve dejando un rastro de sangre tras de sí hasta que consigue llegar a su cabaña



Allí el pobre mujik expira, recibiendo los auxilios del pope ante la desesperación de su hambrienta familia



Entretanto el príncipe Rodiou Estepanovich Tekalemit se entrega a toda clase de orgías derramando ríos de champaña



Pero el pueblo ruso decide vengar la muerte del mujik y la hora de la justicia brilla en el horizonte



Los soldados del príncipe crueles y sanguinarios disparan sobre el pueblo indefenso y los ayes de dolor



Pero el ansia de justicia triunfa y los soldados del príncipe son arrollados por la multitud



El palacio arde. El pueblo aclama. El príncipe ha sido



La Coupôle. El pintor Florián y al fondo Granowski, que pasa.

De Montparnasse a Saint Maurice el Hollywood francés

por Pedro Sanz Sáinz

A eso de las doce de la noche, entre un martes y un miércoles de final de marzo próximo pasado, salimos por un agujero de la cañería subterránea del Metro. Pisamos la terraza de la Rotonda y la palabra «Vavia», nombre de la estación o del grifo que se abre cada dos minutos para servir consumidores de tantos grifos como tienen los cafés del barrio de Montparnasse, el de las pintas raras, se desvanece en nuestra memoria con la rapidez vertiginosa que huyen los anuncios subterráneos, deslumbrados por el resplandor de los tubos de neón que hacen invisible las fachadas del Dôme y de la Coupôle.

Aquí ya se puede atravesar la calle

sin pasar por el camino claveteado, que señala el sendero obligatorio a los peatones que pretenden abandonar una acera por la otra. Digo que pretenden, pues diariamente se publica la lista en los periódicos de los transeúntes que han abandonado todo además de la acera, no obstante la precaución que obligan a observar las famosas hileras de bruñidas tachuelas.

Aquí tanta circunspección no tiene curso. Los montparnasianos son de dos categorías. Los que vienen en auto y los que piensan que más topetazos en el estómago da el hambre.

A un chófer se le ocurrió una vez imprecisar a un transeúnte, «pintor en fi-

losotia» que se nacia llamar, enemigo jurado de la línea recta y por lo tanto del camino más corto.

—¿Qué hace usted atontado! ¿Está usted en la luna?—

Y el escándalo que se armó fué epícodidático, requiriendo la intervención de un retén de guardias y todos los chófers del «parque de estacionamiento», para responder a la masa indignada de artistas que gritaba apiñándose, proclamando, no ya el derecho, sino la obligación del montparnasiano de vivir en la luna.

Así, pues, toreando automóviles de todas las ganaderías y matrículas, ganamos la terraza de la Coupôle, donde al cabo de una serie de vueltas nos instalamos en torno del monumento al agua indeseable, surtidor ridículo de colores cambiantes que ocupa el centro de este gran café.

Dos mesas más allá acababa de sentirse una preciosidad de modelo, maquillada como un figurín. Es uno de los diez mil personajes en busca de autor, que el terciopelo labrado de los bancos de Coupôle y del Dôme, al recibir el peso de su cuerpo doblado, sabe quiénes son. Como acontece con frecuencia relativa, la chica no debía poseer las monedas escasas que se necesitan para tomarse un café y, más digna que otras que sin preocuparse consumen y esperan el advenimiento de un protector galante, de un guiño atrae a ella al camarero.

—Tráigame usted un platillo de café, como si ya lo hubiera tomado — dice.

El mozo sonríe y de una mesa cercana retira una copa que contuvo mantecado y la pasa al velador de la linda criatura, que se lo agradece con todas sus encias.

—Ya sé que a usted le gustan los helados de fresa y vainilla — dice el hombre formal de la chaqueta blanca numerada.

Nada es más fácil, cuando los ojos rien, que dirigirse la palabra, cambiar de mesa, sentarse junto a la niña y llamar otra vez al camarero para que traiga, esta vez de veras, un helado mitad de fresa y mitad de vainilla, que llevado por una mano fina a una boca bonita y de mujer golosa, hace suspirar: «¡Quién fuera hecho de carne de cuchara!»

La conversación mana libre y amena, salpicada del «argot» de sus labios que no acatan más ley que la de la simpatía y, eso sí, también un dictador, del que se rien los que no le conocen.

A propósito de mil cosas diferentes, y para responder con otra a una anécdota de su vida de modelo, me acordé de una aventura mía que se refería al cine. Y hablando ya del séptimo arte (en Montparnasse apenas si se habla de cine) avivó mi curiosidad la serena indiferencia con que una chica joven, guapísima, inteligente, graciosa y culta, me declarara su absoluta carencia de entusiasmo por la carrera de estrella.

Me explicó:

—El «microbio» del cine, la tentación de la pantalla, que cuenta por millones sus pacientes en cada país y reviste caracteres tanto más graves cuanto más alejado, material y moralmente, quiero decir, por una distancia de kilómetros y de páginas de lectura de artículos de propaganda cinematográfica, está el sujeto de los centros productores de películas.

Estoy segura que en España hay muchos más aspirantes a artistas de cine



Un duelo entre dos personajes del film Paramount «La Rive Gauche», que rueda Alexander Korda

que en Francia. Y en cuanto a América, no hay que olvidar que es el continente de las grandes distancias y el anuncio a porfía para comprender el recrudecimiento de la enfermedad, que más que vocación es un deseo vehemente de libertad que arraiga en las cabezas juveniles mal acomodadas a la sujeción que les impone una existencia esclava supeditada a las horas del reloj, cuando no es más que un caso de megalomanía. No es el trabajo artístico, sino las condiciones en que se desenvuelve la vida de los artistas, al decir de los agentes de publicidad, el señuelo que imana tantas voluntades. ¡Hay tantas personas jóvenes que son incapaces de oírse a sí mismas en el desconcierto de sonidos huecos publicitarios! Y, créame, no hay arte más interesante, ni que valga el arte de vivir el ideal de vida de cada uno. Y aquél que cree que éste está muy lejos del medio en que vive tiene, por pereza, las orejas de la conciencia taponadas con el algodón baratísimo de la cobardía.

Parecióme ver a alguien por la espalda que me recordaba un íntimo amigo: una silueta correcta de sportman castizo, deportiva y torera al mismo tiempo. Tornaba la cabeza en diversas direcciones. ¿Qué buscaría?

—¡Gomis!—

Se volvió.

—¿Qué tal, chava? Aquí me tienes. Acabamos de dejar el trabajo empezado a las ocho de la mañana y te encuentro a punto... Vengo a Montparnase a buscar pintas raras...

—Gracias.

—...para la figuración de una película

la donde reconstituimos de todas piezas «Le Dôme» y el dancing del «Jockey». Ahora no falta más que el público y de éste no hay otro que el auténtico.



Fernando Gomis, el observador infatigable, futuro director de la producción española de la Paramount.

—Yo te ayudaré. ¿Cuántas personas te hacen falta?

—Trescientas.

—No te apures. Aquí conozco a todo bicho.

—Pues andando. Usted, señorita, ¿puedo contar con su lindísima concurrencia?

—¿Qué tendré que hacer?

—Exactamente lo mismo que hace usted aquí.

Yo insisto:

—Verá usted por dentro los estudios de la «Paramount». Y si la convence el trabajo del cine... ¿Quién sabe?

—¿Por qué no, si además lo necesito? Les presentaré algunas amigas montparnaseñas y chaladas por el cine que no les vendría mal ganarse unos francos.

—Si yo pudiera — dice Fernando Gomis, el simpático primer asistente de «metteur en scène» —. Si yo pudiera trasplantar toda esta gente que está aquí sentada discutiendo, soñando y olvidándose de su miseria, meterla en el decorado y decirles: «Señores, a seguir siendo ustedes mismos y mientras se rueda no se acuerden de que van a cobrar.»

—Te advierto que en el Jockey no sólo hay artistas y gente a la deriva.

—Lo conozco. Pero los dandys son más fáciles de falsificar. ¿Quién es esa mona?

—El pintor húngaro Florián.

—Yo lo había tomado por Wifredo el Velloso.

—Porque está ahorrando pelo para un nuevo cuadro. — (Continúa en la página 24)



DOBLE BIOGRAFÍA

DOLORES COSTELLO Y JOHN BARRYMORE

En cierta ocasión John Barrymore fué presentado en una sociedad como «el primer actor de América». Al oírlo el aludido, levantó la ceja izquierda con el característico gesto que todos conocemos, y encarándose con el auditorio dijo:

—Me gusta ser presentado en estas formas, pues hace innecesarios los posteriores esfuerzos.—

Este indiscutible astro de la pantalla nació en Filadelfia el 15 de febrero de 1882, teniendo por padres a Maurice Barrymore y Georgina Drew. Es hermano de Lionel y Ethel Barrymore. Por sus venas corre sangre irlandesa, entre sus antepasados figura un noble irlandés que ostentó el título de Lord Ba-

rrymore, y esto le da derecho al escudo de armas, en que figura un dragón coronado.

Las primeras aficiones de John se redujeron a ilustrar obras, en el estilo de macabra grandiosidad que hizo célebre a Gustavo Doré. Con este objeto ingresó en la Escuela de Artes de París, y de regreso a América buscó trabajo, como dibujante, en la prensa. Permaneció unos veinte minutos en la redacción del «New York Telegraph», y probó fortuna en otros periódicos, con el mismo resultado negativo. Arthur Brisbane, al rechazar los dibujos que le ofrecía John para su diario, le aconsejó que se dedicara al teatro como sus hermanos. Así lo hizo, sin querer confesar que fracasara como

dibujante, y para demostrarlo alega que una vez Andrés Carnegie le pagó diez dólares por un tremendo dibujo que llevaba por título «El ahorcado».

El primer papel que Barrymore representó en la escena, fué en el drama «Magda». El mismo comprendió que estuvo pésimo, pero no podía remediarlo. Apareció después en la opereta «Una obstinada Cenicienta», y durante algún tiempo dedicóse a los papeles cómicos.

Va mejor preparado, volvió al drama, en el que obtuvo grandes éxitos, llegando a adquirir envidiable popularidad.

Sus papeles favoritos son: en la escena, «Hamlet», y en la pantalla, el de thab, en la cinta «Dick el revolucionario», y el que supone haber desempeñado con menos acierto es el de protagonista de «Amor eterno». Considera a su hermana Ethel como la mejor actriz de la escena americana, y prefiere el trabajo de la pantalla al del teatro, por su mayor independencia y rendimiento.

John no había pensado nunca en dedicarse al cine hasta que a raíz de su sensacional triunfo en «Hamlet», la importante casa «Warner Bros» le hizo halagüeñas proposiciones que dieron nueva y definitiva orientación a su talento. Su primer rotundo éxito en la pantalla fué «La fiera del mar». Su film «Don Juan» fué el primero al que acompañó una música especial sincronizada, y su primera cinta hablada ha sido «El general Crack».

Una vez que alguien le preguntó qué desearía ser si tuviera que abandonar la pantalla y la escena, contestó el ilustre actor muy serio:

—Comerciante de estropajos.—

Pero la verdad es que después de su profesión lo que más le gusta es el dibujo y la pintura.

La romántica personalidad del menor de los Barrymore no deja de tener su lado práctico: es director de uno de los más acreditados bancos de Hollywood, gana y gasta mucho dinero, mas no sólo conserva perfecto equilibrio, entre los ingresos y las salidas, sino que halla modo de aumentar continuamente su ya cuantioso capital.

El matrimonio de John Barrymore con Dolores Costello ha sido la feliz coronación de un romántico idilio. Mas antes de proseguir dedicaremos unas líneas a los antecedentes de la bellísima esposa de nuestro héroe.

Dolores Costello vió la primera luz en Pittsburg, el 17 de septiembre de uno de los primeros años del presente siglo, y por su ascendencia tiene un poco de italiana, algo de irlandesa y mucho de americana. Es hija del famoso Maurice Costello, que fué uno de los ídolos de la pantalla hace unos veinte años. Su hermana Elena también es actriz de la pantalla.

La carrera artística de Dolores empezó cuando ésta apenas sabía andar y su padre la llevaba por los estudios de Brooklyn, para representar algunos papeles sueltos adecuados a su corta edad. Al cumplir seis años, fué contratada por la casa Vitagraph para interpretar papeles de niño. Después perteneció a algunas otras casas y por último entró a formar parte de la «Warner Bros», donde aun sigue prestando sus valiosos servicios.

Su contrato con tan conocido estudio tuvo una importancia decisiva en la vida de la encantadora artista. Acababa de llegar a América John Barrymore, después de su triunfo en Londres, y la primera obra en que había de tomar

parte ante la cámara fotográfica era «La fiera del mar», tomada de la novela de Herman Melville. Pero el protagonista no estaba conforme con el texto.

—Aquí faltan amores —dijo John con tono imperioso—. Hay que crear un papel de mujer, pues yo no estoy dispuesto a casarme con una ballena. Arreglen ustedes eso, o no hago la obra.

Esta amenaza obligó a empuñar la pluma a los literatos de la casa, alteróse el texto, introduciéndose en él una deliciosa figura de mujer, cuyas condiciones físicas cuadraban perfectamente con las de la gentil Dolores, que fué la encargada de interpretarlas, y tan del gusto del héroe resultó su compañera, que al terminar la película sus protagonistas se unieron con los vínculos del matrimonio.

Al año siguiente, la preciosa Dolores Ethel Barrymore vino a colmar la felicidad de sus padres, y por cuidar de su tierna hija, la joven mamá pasó dos años alejada de la pantalla, siendo éstos, según ella, los más felices que ha pasado en toda su vida.

Este ejemplar matrimonio es un verdadero modelo de paz doméstica. No es que sea fácil de llevar el noble pero violento carácter de John, que, entre otras particularidades, tiene la de prodigar una variada colección de juramentos del más puro vocabulario irlandés; él mismo se da cuenta de que a veces es un esposo demasiado exigente, y por eso repite a cuantos quieren oírle:

—¡Qué suerte para mí haber encontrado una mujer que más bien es un ángel!

Las únicas veces que la bondadosa Dolores regaña a su marido, es cuando éste vuelve tarde a casa, y muy principalmente si se ha olvidado de ponerse abrigo, precaución necesaria en él, por lo fácilmente que se resfría.

Barrymore tiene la dicha de que su esposa comparta sus aficiones por la caza y la pesca. En su hermoso yate «Infanta» han pescado notables ejemplares de peces en el Galápagos, entre ellos un pez espada de colosal tamaño, y en sus exploraciones de los bosques guatemaltecos, han reunido una variadísima colección de pájaros.

Los Barrymore no suelen tomar parte en las brillantes fiestas de Hollywood, ni gustan de hacer nuevas amistades, pero tanto el marido como la mujer son exquisitamente corteses con cuantos están a su alrededor, y John, que para todo el mundo civilizado es un notabilísimo actor, para sus vecinos es además un padrazo de cuerpo entero, que descompone su clásico perfil en graciosas muecas para divertir al bebé, que las celebra con ruidosas carcajadas.

El hogar de los Barrymore está construido en la meseta de una colina, desde la que se descubre mucha extensión de tierra californiana y por horizonte el Pacífico. El acceso a la finca era tan difícil, que antes de ofrecer la casa, fué preciso abrir una carretera, para que pudieran subir las visitas.

La vivienda perteneció antes a King Vidor, pero su actual propietario le ha añadido dos alas. En una de estas adiciones se halla la sala de los trofeos, en la que se pueden admirar pájaros y peces disecados, y hasta un cocodrilo igualmente disecado, que fué muerto por la blanca mano de Mrs. Barrymore. Otra de las curiosidades es parte de las vértebras de una ballena, encontra-



da por el matrimonio en la bahía de Asunción.

El sitio de honor está reservado al único huevo que existe de dinosaurio, si se exceptúa el que pertenece al Museo de Historia Natural de Nueva York. Es un regalo del explorador Roy Chapman Andrews a su regreso de la expedición científica al desierto de Gobi, en 1925. También es muy notable la colección de armas de fuego que posee Barrymore. Es una afición que empezó a desarrollarse en él desde los primeros años de su juventud, y gracias a esta perseverancia puede decirse que es de los más completos que se conocen.

En el ala opuesta se halla la pajarera, que es otra de las curiosidades de la casa, y en la que se encuentran coleccionados todos los ejemplares raros, que sus dueños han podido obtener de las cinco partes del mundo. Algunos están en jaulas especiales, y otros vuelan libres en la monumental pajarera. El rey de esta alada muchedumbre es

un gigantesco buitre real, que está en posesión de Barrymore desde antes de salir del huevo, y al que por eso profesa aquél especial cariño. Maloney, que así se llama la formidable ave, corresponde a él y sostiene con su amor largas conversaciones en graznidos, deferencia que no concede a nadie más.

Las paredes de los vastos salones están adornadas con cuadros y grabados de mérito. Entre ellos se cuenta un dibujo original de Sargent, que representa al amo de la casa en traje de «Hamlet». La copiosa biblioteca, por la cantidad y calidad de las obras, antiguas y modernas, está a la altura de satisfacer al más exigente bibliófilo.

Los gustos literarios de Barrymore le hacen dar la preferencia a los primitivos autores americanos. Entre los modernos prefiere al difunto D. H. Lawrence. También le gustan las obras de historia natural y las que tratan de caza y pesca. Dolores es aficio-

(Continúa en la página 24)



**Depilatorio
PERLINA**

**NOVEDAD
CIENTÍFICA**

EXENTO DE OLOR
DESAGRADABLE

EXQUISITAMENTE
PERFUMADO

Blasco-Barc 1. na

Tarro, 3 ptas.
Sobre, 0'50 ..

**HISTORIA
NATURAL DE LA CREACIÓN**
(Magnífica obra en cuatro partes)

TESORO DE ARTE UNIVERSAL
(Suntuoso portfolio artístico)

LA HISTORIA DE ROMA
por F. Lamé Fleury

ESTAS TRES OBRAS LAS REPARTE EN FOLLE-
TÍN ENCUADERNABLE EL SEMANARIO

A L G O

En todos los quioscos: **50 céntimos.**

Marlene Dietrich, la mujer pasión

(Continuación de la página 11)

do un a modo de trémolo gigantesco. ¡Es tan grande, tan inconmensurable, tan profundo este film «Marruecos»! Insondable como la esencia misma del alma humana. ¡Y se agiganta tanto en él la figura de Marlene! Su cuerpo armónico, su arte exquisito, lo invaden todo. Como un ópalo cambiante refleja los más opuestos aspectos del alma femenina. En sus gestos precisos, vibran la pasión y el deseo. Y uno de sus mayores encantos es su voz cálida, plena, flexible.

Difícilmente artista alguna podría encarnar con más acierto que Marlene la complicada psicología de Amy Jolly, la heroína de «Marruecos». Esta sinfonía espléndida y triunfal de la pasión, este poema tan concreto y exacto de la humana sensualidad, este arrollador vórtice de todos los deseos, encuentra en el cuerpo de Marlene, estremecido, turgente, sediento, blanquísimo, y en su rostro tan pronto infantil como perverso la expresión justa. Y porque Marlene es así, porque sabe amar a los hombres en la pantalla como Amy Jolly en la realidad, «Marruecos», triunfo de la carne pecadora, tiene también los matices que glorifican esa misma carne que le abrasa en una sed de amor inextinguible, sin que quede la más leve sombra de pecado.

¡Salve, Marlene! Lola-Lola y Amy Jolly serán en los anales del cinematógrafo tus dos jalones de eternidad.

A. HERRERO MIGUEL

¿MI PRIMER AMOR?

(Continuación de la página 12)

solicitaba, y durante varios meses estuvimos vertiendo en pliegos perfumados el romanticismo que rezumaban nuestros corazones.

Ahora me doy cuenta de que aquello nos hizo mucho bien, tanto a ella como a mí. Fué algo así como una válvula de escape para nuestro estado espiritual. ¡Sabe Dios a qué otros procedimientos habríamos recurrido para dar salida a aquella

fuerza sentimental de no tener el amplio cauce de aquellas cartas!

Debo declarar que no había desistido, ni mucho menos, de ver a mi comunicante, y, cuando las circunstancias me parecieron más favorables, y ya en calidad de viejo amigo, insistí en la petición de una entrevista.

Maruja, que por lo visto tenía también deseos de conocerme, accedió y me citó en un parque público, nido de parejas al atardecer, y no precisamente de aves, indicándome que llevara una flor blanca en el ojal, «vulgar y socorrido sistema — decía Maruja — al que recorro por no encontrar otro».

Comprenderán ustedes lo que fué mi espera en el parque. Cada vez que veía venir una mujer hacia donde yo estaba, mi corazón se lanzaba a un violento galope, especialmente si era bonita. Si era fea, mi agitación se parecía mucho a esa sensación que deben de experimentar los toreros cuando el toro arranca en dirección a su capote.

Cuando ya habían pasado unos minutos de la hora convenida, vi que hacia mí se dirigía una hermosa joven, de gracioso andar y bella figura, que me miraba y sonreía.

Llegó hasta mí y me dijo:

—Buenas tardes, John. Aquí me tiene usted. —

Pregunté estúpidamente, alelado ante tanta belleza:

—¿Es usted Maruja?

—Sí, amigo mío. —

Será preferible que no describa lo que sucedió a continuación. Estuve torpe, ridículo, azorado. Gracias a su generosidad y a su entereza de ánimo, pudimos hablar durante media hora.

Cruzamos algunas cartas más y un día recibí como una bomba la noticia, confesada por la misma Maruja, de que se casaba.

Todas mis protestas fueron inútiles. Las cartas me eran devueltas sin abrir. Nunca he sabido si su actitud fué consecuencia de nuestra única entrevista o si la tal Maruja era una redomada coqueta que mientras decía palabras dulces a su prometido, a mí me las escribía.

El caso es que fuí feliz y soñé mucho mientras duró aquel cambio epistolar, del que todavía quedan en mi archivo algunas pruebas.

DIRECCIONES DE ESTRELLAS

Metro-Goldwyn-Mayer Studios, Culver City, Calif.

Renee Adoree
Nils Asther
Lionel Barrymore
Wallace Beery
Jack Benny
Charles Bickford
Edwina Booth
John Mack Brown
Lon Chaney
Joan Crawford
Karl Dane
Marion Davies
Mary Doran

Buster Keaton
Charles King
Carlotta King
Gwen Lee
Bessie Love
Nina Mae McKinney
John Miljan
Robert Montgomery
Polly Moran
Conrad Nagel
Ramón Novarro
Edward Nugent
Elliott Nugent

Duncan Sisters
Josephine Dunn
Cliff Edwards
Greta Garbo
John Gilbert
Lawrence Gray
Raymond Hackett
William Haines
Marion Harris
Lella Hyams
Kay Johnson
Dorothy Jordan

Pathe Studios, Culver City, Calif.

Robert Armstrong
Constance Bennett
William Boyd
Ina Claire

Catherine Dale Owen
Anita Page
Basil Rathbone
Duncan Renaldo
Dorothy Sebastian
Norma Shearer
Sally Starr
Lewis Stone
Lawrence Tibbett
Ernest Torrence
Raquel Torres
Roland Young

Alan Hale
Ann Harding
Carol Lombard
Eddie Quillan

Samuel Goldwyn, 7210 Santa Monica Blvd. Hollywood, Calif.

Vilma Banky
Walter Byron
Ronald Colman
Lily Damita

Radio Pictures Studios, 780 Gower Street, Hollywood, Calif.

Buzz Barton
Sally Blane
Olive Borden
Betty Compson
Bebe Daniels
Frankie Darro
Richard Dix
Bob Steele
Tom Tyler

Hal Roach Studios, Culver City, Calif.

Charley Chase
Oliver Hardy
Harry Langdon
Stan Laurel
Our Gang
Thelma Todd

Helen Twelvetrees
y C. Henry Gordon,
en la película RKO
«A Woman of ex-
perience».



OPINAMOS QUE

A TRAVÉS DEL CONGO, película de las «Selecciones Gaumont», estrenada en el «Fantasio».

La temporada cinematográfica, que en estos momentos nos está dando los últimos frutos, ha sido realmente pródiga en películas documentales.

Documentales casi exclusivamente sobre las regiones centrales de la tierra africana, a diferencia de otras temporadas en que, si ha habido abundancia de material de viajes y costumbres, se nos han dado a conocer otras partes del mundo.

«A través del Congo» es una producción que, si bien no alcanza a la plenitud de algunas similares, supera, no

obstante, holgadamente a otras muchas que se han proyectado sobre el mismo tema.

Además, todo un mundo punto menos que desconocido como es el continente africano, encierra todavía una inconcebible cantidad de material aprovechable para hacer un sinfín de películas que interesen en todos los órdenes, desde el puramente curioso y entretenido que busca el mero espectador hasta el profundo y concienzudo que reporta siempre datos preciosísimos para el desarrollo de las ciencias.

En la filmación de «A través del Congo» se han tomado vistas de aspectos que ya nos son muy conocidos, pero

también se han ido buscando algunos valores documentales inéditos — todos éstos de positivo interés — que compensan en el término justo la repetición de todos aquellos tópicos de paisajes y figuras.

Conviene asimismo hacer destacar que, sin duda por la idea que se tuvo al efectuar el viaje por el Africa, «A través del Congo» es un film sencillamente informativo, sin pretensión de intensificar apostas los momentos de emoción ni de realzar artificiosamente las escenas de tipismo africano.

Es ésta una sinceridad que bien podría definirse como «la propia para el público de verano». — L. C. R.

De Montparnasse a Saint Maurice el Hollywood francés

(Continuación de la página 19)

Nos acercamos al pintor de las patillas crecidas y el anillo en la nariz.

—¿Te interesa trabajar mañana como comparsa en la «Paramount»?—

La mueca que le hace semejar a un perro de presa se esclarece con una sonrisa al conocer el precio. Gomis le da en un papel la dirección escrita de los estudios de Saint Maurice.

—Allí a las ocho de la mañana.

—No te dejes en casa el salvavidas.

—¿Y eso? — pregunta Fernando.

—Por el atributo obscuro que le talará el cartilago nasal. Dice que un día, que quiso fuera el último de su vida, le sacaron del Sena gracias al anillo. Le pescaron como a un pez de juguete, por el asa.

Seguimos nuestra vuelta. Ya teníamos a Granowsky, el pintor bohemio más conocido de Montparnasse por sus pinturas como por sus sombreros del Far-West; Brea o la Indignación, el poeta cubano perseguido por la tiranía del dictador Machado; Luis XIV, el retratista sordomudo de las luengas melanas... En fin, toda la flor de la bohemia internacional.

—Lástima que no estén Petrof, el pintor de «celajes neurasténicos», beodo impenitente e invectivador, ni su inseparable amigo, el poeta Mergault, el Cambroune del romanticismo.

—Estoy contento. Ya tenemos todos los tipos más interesantes y representativos del barrio.

Y como se tratara de cerrar la lista de montparnasianos auténticos, que habían dado palabra solemne de levantarse a

las siete y media de la mañana, del café, por supuesto, para continuar haciendo lo mismo entre telones, serían ya las tres y estábamos cansados, nos despedimos.

—¿Cómo se titula la película?

—En francés se llama «La Rive Gauche», y en español todavía no se ha bautizado.

—Hasta mañana. La chica y tú tomad el autocar de la casa que sale del Boulevard des Capucines (1).

—¿Qué le parece a usted? — digo a la chica.

—C'est «bath»! (Estupendo.)

PEDRO SANZ SÁINZ

Dolores Costello y John Barrymore

(Continuación de la página 21)

nada a la literatura en general, y sus autores favoritos son D. H. Lawrence y Ernest Hemingway.

El patio es el centro de la vida de familia de este envidiable matrimonio. En él hay un macizo de flores con una fuente de mármol en medio, rodeada, por supuesto, de barandilla, en atención a la nena. La servidumbre consta de diez criados y todos son necesarios para mantener en buen estado la espaciosa vivienda.

Los animales domésticos que en ella habitan son una dilatada familia de gatos negros y tres perros, el magnífico ejemplar de la raza bernardina que acompañaba a su amo en «La fiera del mar», y cuyo nombre es Peters, un fino ferrier escocés, y un faldero de Pomerania que no conoce más amo... que su ama.

(1) Mal traducido siempre al español por el masculino «Capuchinos», que en francés sería Capucines.

Si la diversión favorita del matrimonio son los viajes de exploración a bordo del «Infanta», acompañados de emocionantes partidas de caza y pesca, en cambio hay otras cosas que no pueden soportar. John aborrece las personas entrometidas, en cuya categoría clasifica a los periodistas que buscan «entreviús», y Dolores es enemiga del desorden en todas sus manifestaciones.

Esta interesante mujercita desconoce los misterios del tocador. Según ella, una alimentación moderada, ocho horas de sueño diarias, y frecuente ejercicio al aire libre, es el mejor sistema para conservar la salud y, por consiguiente, la belleza. John Barrymore mide 1'80 metros de estatura y pesa 75 kilos. Sin que su naturaleza sea extraordinariamente robusta, tiene resistencia para practicar los más duros deportes. Sus ojos son grises y el cabello castaño, algo plateado hacia las sienes. Su gesto especial de levantar la ceja izquierda es característico en la familia de su madre, a la que, según dicen, se parece mucho. Viste con sobria elegancia y da la preferencia a los sastres ingleses. Sus colores predilectos en la ropa son azul oscuro y gris.

La estatura de Dolores Costello es de 1'60 metros y su peso 55 kilos; tiene los ojos de un azul grisáceo y los cabellos como el oro.

Las principales películas en que ha trabajado para la casa «Warner Bros» son, además de «La fiera del mar», «La viuda del colegio», «Cuando se ama» y «El arca de Noé».

Los últimos films de John han sido: «El general Crack», «El hombre de Blankley», «Dick, el revolucionario» y «Sven-gali».

testó Miles. — Sabe, niña mía, que no puedo renunciar a ti. No quiero. Ahora sé lo que sería la vida sin ti. Y antes preferiría mil muertes y acabar de una vez.

Ella se inclinó y él le besó la frente, pues aun estaba arrodillado; mientras tanto, dos manecitas frías acariciaron su cabeza con el mayor cariño.

— ¿Tanto me amas? Me parece imposible. No hay en mí nada...

— Te amo como a mi propia vida. Eres mi cielo. El único que conozco. Y no quiero ni puedo perderte.

— ¡Pues no me perderás! — exclamó ella de pronto. — Antes de que sufras y antes, también, de que

desciendas a sobornar a tu mujer o a hacer algo que sea indigno de ti, te perteneceré para siempre, aunque no nos casemos. Supongo que eso no te hará desgraciado.

Sheridan se puso en pie y cogió a la joven en sus brazos. La besó como si estuviesen a punto de separarse para siempre, en cuanto sonara la primera campanada del dolor. Luego aflojó los brazos para permitirle respirar.

— No quiero que mi Cenicienta venga a mí de esta manera — dijo. — He pecado lo bastante contra ella y o llegaremos a casarnos o nada. Pero nos casaremos y así alcanzaremos la felicidad.

CAPÍTULO XXXIX



TERESA se alegró al observar que Miles no le pedía ninguna promesa.

El desconocía lo ocurrido con el capitán Guilbert y también las dudas de su amada. No adivinó la vergüenza y la humillación que sufrió por Julia y por sí misma durante aquel mismo día; y por eso dio por supuesto que el estado de su mente era el mismo que el de la noche anterior, cuando impulsada por el amor se arrojó en sus brazos. Si entonces hubiese tratado de obtener alguna promesa de ella, la joven hubiera creído muy difícil negársela y tampoco habría sabido cómo hacerlo. Sin embargo deseaba ser fuerte a todo trance. Su Príncipe fué desgraciado con Isabel Sheen, que había mancillado su honor y su nombre. Y ella, que le era deudora de todo lo mejor de su vida, debía evitar que su nombre fuese manchado por segunda vez. Si no quería aceptarla de un modo que a él no le causara perjuicio alguno, ella debería portarse con valor y no pensar demasiado en su propia felicidad. Sin embargo, no quería darle ningún pesar. Más adelante ya se habría resuelto acerca de lo más conveniente

para ambos, y tiempo habría para dárselo a entender. Mientras tanto, debía evitar todo disgusto a su amado y esforzarse en comprender que lo único interesante era el porvenir de él. La noche anterior se apoderó de ella un ensueño de felicidad, y ya es sabido que los sueños son siempre mentirosos. Procuraría no estar triste nunca más, a pesar de cuanto pudiera ocurrir, como si no hubiese conocido aquellas horas maravillosas de amor, y le pareció que podría contentarse durante el resto de su vida con el recuerdo de aquellos momentos exquisitos.

Sheridan dudaba entre la necesidad de marcharse y el deseo de quedarse, hasta que por fin resolvió llevarse a la joven consigo, para no dejarla en Bousaada en compañía de Nazlo. Por la mañana, cuando ella le pidió acompañarle, Miles se negó, pero ahora las cosas habían cambiado por completo. Se figuró que Teresa se apresuraría a aceptar, mas le sorprendió mucho el notar que se negaba.

— Será mejor que no te acompañe — dijo. — No podemos dejar aquí a la señora Harkness y si deseas viajar toda la noche, la pobre se cansa-

quien confió en lograr su consentimiento antes del regreso de Sheridan, gracias a su oferta generosa y a las sensacionales noticias de que era portador. En aquel instante empleó toda su vitalidad y esperaba alcanzar la victoria antes de que llegase su enemigo para combatir al lado de Teresa. En cambio, si ésta se hubiese dejado convencer por la elocuencia de Nazlo y por los escrúpulos de la anciana, Sheridan tendría que luchar contra un *fait accompli*.

— Sí. Debo hablar de eso al señor Sheridan — contestó la joven levantándose para alejarse.

Nazlo murmuró una blasfemia, aunque sintiendo el consuelo de que Teresa no podría entregarse a Sheridan aunque se negase a casarse con él. La señora Harkness se levantó también para volver al hotel con Teresa, y Nazlo echó a andar a su lado. Mas la joven se detuvo y, mirándole, dijo:

— Haga el favor de no acompañarnos. Tal vez haya pensado cosas acerca de usted, señor Nazlo, que no debiera haber imaginado siquiera. De ser así, lo siento mucho. Pero viéndole a mi lado no podré reflexionar con claridad, y por eso le ruego que me deje.

Dicho esto reanudó el camino con tal prisa, que la señora Harkness comprendió que no podría alcanzarla. La anciana sufría de reuma y al sentarse en la arena recordó, a su pesar, que sus piernas no eran ya tan ágiles como en otro tiempo. También se le habían dormido los pies, y mientras Teresa llegaba al hotel, los otros dos se acercaban despacio al mismo sitio, pues Nazlo acompañó a la anciana, aunque por su gusto habría seguido a la muchacha.

Mientras tanto, tuvo la satisfacción de observar que la señora Harkness se había convertido en su abogado. Y también le complació ver que ante la puerta del establecimiento no estaba aún el automóvil de Sheridan.

— Habrá tenido alguna otra avería — se dijo, — pues de lo contrario, estaría ya aquí.

Pero se equivocaba, porque Sheridan había llegado ya. El automóvil lo dejó ante el hotel y se marchó antes de la llegada de Nazlo y de la señora Harkness, y también sin dar tiempo a Teresa para que lo viera ante la entrada.

Cuando la joven subió para refugiarse en su habitación, vio a Sheridan en pie y ante la puerta, a la que acababa de llamar.

— ¡Tú! — exclamó. — Me figuraba que estabas...

— ¿Cerca de Argel? — interrumpió Miles. — Es que he querido verte antes de llegar allá.

El corredor estaba en la penumbra, porque aun no habían encendido las luces, y como allí no había nadie, pudieron hablar con libertad. A pesar de que la joven se retiró un poco, Sheridan dió un paso, se acercó a ella y la cogió en sus brazos.

— ¡Querida mía! — exclamó. — ¡Niña adorada! — añadió con una ternura que ella desconocía. — A Dios gracias, estoy de nuevo a tu lado. No te merezco, mas procuraré hacerte digno de ti. ¿Me perdonarás mi ceguera y mi comportamiento? Déjame que te lleve a tu habitación, para hablar sin que nos moleste nadie. Quiero arrodillarme a tus pies, niña mía, y decirte cuáles son mis sentimientos.

— Ven, pues — replicó Teresa, — hemos de hablar, si bien no has de arrodillarte ante mí, pues no he de perdonarte nada. Ya te lo dije antes.

Se libertó de sus brazos, mas le temblaba tanto la mano, que él le tomó la llave y abrió la puerta. La joven entró en la sencilla y blanca habitación y él la siguió de cerca. Se cerró la puerta tras ellos, pero el balcón estaba abierto de par en par y permitía el paso de una luz maravillosa y etérea, en la que el color rosado de la puesta del sol se confundía con el resplandor argentado de la luna. Y Sheridan, al contemplar a Teresa, se dijo que su ardiente belleza no era propia de este mundo.

Disponíase a estrecharla de nuevo entre sus brazos, mas ella lo contuvo con un gesto cariñoso.

— Espera — dijo, alejándole. — Hazme el favor de contenerte si me amas. Es preciso que hablemos de algunas cosas en beneficio de ambos. ¿Es verdad lo que nos dijo el señor Nazlo al llegar, cuando nos encontró a la señora Harkness y a mí junto al río?

— ¿De modo que os encontró? — preguntó Miles. — Por la delantera que tomó ya lo esperaba. Supongo que ese animal te diría que mi esposa, suponiendo que pueda darle este nombre, está esperándome en el yate y que ha cambiado de opinión con respecto a su divorcio. No sé si esto último es cierto o no, porque tan sólo lo conozco de labios de Nazlo. Nos encontramos en el camino cuando el *chauffeur* arreglaba una avería de mi automóvil, y me dijo que la había visto en Argel. Yale me telegrafió anunciándome su presencia a bordo del «*Silverwood*». Por esto salí con tanta prisa. Comprendí que era preciso hacer algo, y cuanto antes mejor. Es probable que haya cambiado de intención, porque de lo contrario nada habría sacado Nazlo de mentir. Pero lo que me obligó a volver a tu lado fueron otras cosas que me dijo. Si sólo se hubiese tratado del divorcio, es probable que yo hubiese continuado el viaje a Argel, con más prisa que antes, aun sabiendo que él hubiese podido encontrarte sola aquí. Pero al comprender que tenías mucho que perdonarme, no pude esperar hasta mañana y quise cerciorarme de que, a pesar de todo, sigo poseyendo tu amor. No comprendo, niña mía, cómo pude creer, ni un solo instante, que tú eras Julieta Divina. ¿Por qué permití que entre mis ojos y el sentido común se interpusiera una idea fija? Pero, ciego de mí, no sospeché cosa alguna, dando por seguro que eras lo que yo me imaginaba, y eso a pesar de tu juventud, de tus maneras dulces e inocentes y de mil cosas que debiera haberme demostrado cuán tonto era. Me equivoqué en todo y me figuré que, con algún fin ignorado, estabas representando el papel de ingenua, además... ¡Oh, que Dios

me perdone!, porque no creo que tú puedas perdonarme. Pero ¿por qué tomaste a bordo de mi yate el lugar de aquella mujer, corriendo tales riesgos y dándome a entender que eras... lo que yo creí aun cuando el amor se apoderó de mi alma y contribuyó a convertirme en una persona decente?

Mientras hablaba así se atodilló y como la joven estaba junto al balcón, rodeó su cintura con sus brazos y la oprimió contra su pecho. Teresa ya no luchaba por libertarse, y cuando él levantó los ojos, la joven le puso las manos sobre su cabeza, como si quisiera bendecirlo.

— Hice todo eso porque Julia me aseguró que así podría ayudarte — explicó con voz que parecía un murmullo. — Y te amaba tanto, te debía tanto, que por ti habría hecho cualquier cosa. Al principio no comprendí bien lo que ocurriría en el yate, ni tampoco lo que la gente pensaría o lo duro que, en algunas ocasiones, sería para mí el no revelarte la verdad acerca de mi persona. Mas le prometí a Julia no hacerlo, y no te lo habría dicho sin su permiso si el señor Nazlo no hubiese cometido tal indiscreción. Y aun ahora no comprendo la razón de que fuese tan desagradable el haber sido confundida con Julia...

Estas últimas palabras, pronunciadas con rapidez, no llegaron al cerebro de Sheridan, a pesar de que debía de haberlas oído.

— ¿Que me amabas? ¿Que me debías mucho? — repitió.

— ¡Oh, sí! Ahora ya puedo decirte. Desde que te vi, fuiste mi Príncipe, aunque entonces yo era muy pequeña. ¿No te acuerdas de algo, hace muchos años, o te has olvidado ya de la pequeña Cenicienta con quien tan bueno fuiste?

— ¿Cenicienta? — repitió, deslumbrado.

— ¡Oh! — exclamó con desaliento la voz de Teresa, que se sentía feliz al evocar sus recuerdos. — Incluso has olvidado que me llamaste Cenicienta. Ya lo esperaba. Aquella escena no fué nada para tí. Tú eras una persona mayor, y yo sólo una niña, en

la que ya no volviste a pensar. Pero mira, cambiaste mi vida por completo. A partir de entonces te recordé a cada momento, durante los largos años que siguieron, y a pesar de todo esperaba que en un rincón de tu cerebro, en el más pequeño e insignificante, hubieses guardado el recuerdo de mí.

— ¿Que tú eres Cenicienta? — murmuró. — ¿Aquella niña, aquella niña tan bonita a quien vi en *Long Island*? ¿Es posible? Ahora recuerdo. Pero de eso hace muchos años. Desde entonces han ocurrido muchas cosas... mi matrimonio, la guerra..., y aquella niña era muy pequeña. Algunas veces me pareció como si tu rostro... Sin embargo, cuando hoy mismo Nazlo te llamó «señorita Desmond»..., a pesar de eso no acabé de recordarla.

— ¡Creí que él te lo había dicho todo! — exclamó Teresa.

— Díjome que no eras Julieta Divina y que tenías diez años menos que ella. Añadió que tu apellido es Desmond y que te conoció en casa de tu padre. ¡Oh, niña mía, cuánto me alegro de que seas tú y no Nazlo quien me devuelva a mi pequeña Cenicienta!

— Yo también me alegro — contestó Teresa conteniendo sus sollozos. — Mas no te habría dicho nada, de haberme figurado que no lo sabías, porque me hubiese parecido que cometía una traición con Julia, después de haberle prometido con toda solemnidad que no lo haría. Y ella se portó muy bien conmigo. Es mi hermana, como ya sabes, aunque sólo por parte de padre, y durante toda mi vida la he adorado como mi hada-princesa, del mismo modo como tú eras mi Príncipe.

Sheridan besó el traje blanco de la joven. Olía a violetas, y aquel aroma era muy propio de ella, porque el de las rosas o el de las magnolias habría convenido mejor a Julieta Divina. Pero aquel beso indicaba que nunca más atravesaría sus labios una sola palabra contra Julieta Divina.

— Si supiera todo lo que nos ocu-

rre, estoy persuadido de que la señorita Divina no tendría inconveniente en que, por fin, reinase la verdad entre nosotros. Mas no necesito referirme el resto de la historia ni tampoco quiero saber por qué no me acompañó ella en el viaje, ni la razón que tuvo para que corrieses tales peligros hasta que, por sí misma, te dé permiso para hablar. Ahora ya conozco lo mejor y lo más grande y, al mismo tiempo, lo más dulce de cuanto me ocurrió en la vida, y así resulta que un acto de bondad por mi parte y que realicé más por mi propio placer que por tu bien, ha sido la causa de que te presentaras a mí para concederme una gloriosa bendición. Mi pequeña Cenicienta, la niña más linda que vi en mi vida, se ha convertido en la joven más hermosa del mundo, que algún día será mi mujer.

— Pero ¿y la señora Sheridan?... Suponiendo que sea verdad lo que el señor Nazlo dice de ella...

Teresa no creyó necesario decirle que ella misma supuso más de una vez que no debían casarse...

— ¡Me había olvidado de ella en estos felices momentos! — exclamó Miles. — Si todavía me amas, si estás resuelta a ser mía y tienes fe y paciencia, todo acabará bien.

— ¿Cómo podrá ser — preguntó Teresa — si ella no quiere divorciarse?

La joven se sentía culpable, porque le daba a entender que su casamiento dependía sólo de la libertad que él pudiera alcanzar.

— Ya pensaré en algún medio para obligarla a que quiera divorciarse — contestó Sheridan.

— ¿Qué medio puede haber?

— ¡Oh, ella prefiere el dinero a otra cosa cualquiera! Y si le ofrezco bastante...

— ¿Le darás dinero para eso? — preguntó Teresa estremeciéndose entre los brazos de su amado. — El señor Nazlo ya me dijo que apelaría a este recurso, mas no puedes hacerlo, porque no sería honroso.

— Incluso sacrificaría el honor si tuviese que elegir entre tú y él — con-



LEWIS STONE



MYRNA LOY